

5. EL SABADO ENSEÑARE...

Parte I: Resumen

Texto Clave: Josué 10:42

Enfoque de Estudio: Gén. 15:16; Lev. 18:24–30; 2 Tim. 4:1, 8; Éx. 23:28–30; Deut. 20:10, 15–18; Isa. 9:6.

Como se mencionó la semana pasada, el tema de la **guerra divina** en el Antiguo Testamento es desconcertante. Abordar este tema implica comprender la **cosmovisión del conflicto cósmico** y analizar los datos bíblicos correctamente. El intérprete debe considerar al menos cuatro aspectos al revisar el registro bíblico.

Primero, los lectores modernos a menudo imponen su visión contemporánea de la guerra en la Escritura. La **guerra religiosa** en la teocracia del Antiguo Testamento es **única** y debe interpretarse en consecuencia.

Segundo, también es necesario comprender el **contexto histórico de Canaán** y su religión para entender por qué sus habitantes estaban siendo expulsados de la tierra.

Tercero, nunca fue la intención de Dios exterminar a los habitantes de la tierra; Él tenía planes mejores para ellos. Sin embargo, debido a su persistencia en continuar por el camino de la destrucción, Dios ejerció Su papel de **Juez**. Su **naturaleza amorosa** no puede permitir que el mal quede sin control.

Finalmente, al leer cualquier parte problemática del Antiguo Testamento, es imperativo notar la **trayectoria de las intenciones de Dios** para Su pueblo y la humanidad.

La guerra, con todas sus secuelas aterradoras, nunca fue parte del plan de Dios para este mundo. Él está trabajando para restaurar la **paz eterna** en nuestro mundo y en el universo. Sin embargo, para lograrlo, necesita eliminar el mal de una vez por todas, no solo de una manera poderosa sino también de una manera **sabia**.

Parte II: Comentario

El Concepto Bíblico de la Guerra Santa

En su comentario sobre Éxodo, Douglas K. Stuart ofrece una **caracterización perspicaz** de la guerra divina en el sentido bíblico. Este tipo de guerra, usualmente expresada por el verbo hebreo *haram*, o el sustantivo *herem*, implica la destrucción de vida humana a gran escala y, a veces, de propiedades y vida animal. Debido a su pertinencia, la lista de Stuart se reproduce aquí con algunos ajustes (adaptado de Douglas K. Stuart, *Exodus: The New American Commentary* [Nashville: Broadman & Holman, 2006], vol. 2, pp. 395–397).

1. En el paisaje único del antiguo Israel, **no se permitía un ejército profesional**. Las batallas eran libradas por aficionados y voluntarios, un marcado contraste con las estructuras militares profesionalizadas de la antigüedad y las que conocemos hoy.
2. Los soldados **no recibían pago**. Obedecían los mandamientos de Dios en el contexto del **pacto** y no debían luchar por beneficio personal. En muchos casos, esto significaba que se les prohibía tomar botín o pillaje.
3. La **guerra divina o santa** podía librarse solo para la **conquista o defensa de la Tierra Prometida** en esa particular coyuntura histórica. Después de la conquista, cualquier guerra de agresión estaba estrictamente prohibida. Israel fue llamado a luchar por la Tierra Prometida en un contexto geográfico e histórico específico. Una vez que hubieron conquistado la tierra y consolidado su territorio, los israelitas no debían expandir las fronteras de la Tierra Prometida a través de la guerra. Dios no había llamado a Su pueblo a convertirse en un **imperio militar expansionista**.
4. La iniciación de la guerra santa, considerada un **acto divino**, estaba únicamente en manos de Dios, llevada a cabo a través de Sus profetas escogidos, como Moisés y Josué. Esto subraya que la guerra nunca debe ser una iniciativa humana, sino más bien un **deber sagrado**.
5. La **intervención de Dios** en la guerra santa requería **preparación espiritual**, que incluía ayuno, abstinencia sexual u otras formas de abnegación. La ceremonia de la circuncisión (Josué 5:1-9) y la celebración de la Pascua (Josué 5:10-12), en el contexto de la renovación del pacto, eran parte de esta preparación.
6. Un israelita que violara cualquiera de estas reglas de la guerra santa se convertiría en un enemigo. Como la violación era punible con la muerte, la persona desafiante se convertiría en un *herem*, es decir, **dedicada a la destrucción**.
7. Finalmente, la **intervención directa de Dios** condujo a victorias decisivas y rápidas en el contexto de una guerra santa fiel. Ejemplos de esto incluyen muchas batallas durante la conquista (Josué 6:16-21, Josué 10:1-15) y ocasiones en que Israel o Judá defendían su territorio, con la ayuda de Dios, de poderosas fuerzas invasoras (2 Sam. 5:22-25). Por el contrario, hay ejemplos negativos en los que la falta de intervención de Dios resultó en derrota (1 Sam. 31:1-7), como cuando los israelitas se enfrentaron a los amalecitas sin permiso divino y fueron derrotados cerca de Horma (Núm. 14:39-45) o cuando fueron derrotados por el insignificante ejército de Hai (Josué 7:2-4).

Con el fin de la nación teocrática, la aplicación de estas reglas dejó de ser factible, y por esta razón la guerra santa se volvió **obsoleta**. Desafortunadamente, el discurso religioso ha sido utilizado para justificar guerras incluso hoy. Sin embargo, a la luz de la Escritura, tal uso representa una **distorsión del texto bíblico**, un hecho que debería hacernos a todos más críticos y discernidores de la retórica utilizada para justificar guerras en la actualidad.

Las reglas presentes demuestran el **carácter único de la guerra divina** en la Biblia. La práctica de la guerra por parte de Israel refleja una **acomodación divina de la condición humana**. Sin embargo, en una cultura en la que la guerra, la brutalidad y la violencia eran la norma, aprendemos a través de estas reglas **tres aspectos esenciales** de la guerra santa que deben tenerse en cuenta cuando los lectores modernos lidian con estos desconcertantes pasajes bíblicos: (1) la guerra se limitaba a **situaciones específicas**; (2) las **guerras justas** fueron definidas por Dios, quien solo Él conoce el corazón humano y el futuro; y (3) la guerra, en última instancia, representó una **desviación de la trayectoria de paz de Dios**.

Las Buenas Noticias sobre la Ira de Dios

La guerra divina es una **manifestación concreta de la ira de Dios**, no solo hacia los cananeos y otras naciones, sino también hacia Su propio pueblo en tiempos bíblicos. Las observaciones anteriores pueden explicar la naturaleza de la guerra divina, pero no explican cómo armonizar estas dimensiones aparentemente contradictorias de la personalidad de Dios: **amor e ira**. De hecho, la **ira de Dios** no es un tema popular hoy. El famoso teólogo protestante C. H. Dodd consideró la ira de Dios como *“una frase arcaica”*.—Dodd, *The Epistle of Paul to the Romans: The Moffatt New Testament Commentary* (New York: Harper & Brothers Publishers, 1932), p. 20. A pesar de ser un tema menos popular hoy, la ira de Dios no puede pasarse por alto, ya que se menciona 580 veces en el Antiguo Testamento y 100 veces en el Nuevo Testamento. La ira divina tiene sus raíces en **cuatro aspectos inmutables del carácter de Dios**.

Primero, Dios es **santo**. Israel es llamado a ser santo porque el Señor es santo (Lev. 11:44). A lo largo del libro de Isaías, Dios es referido como el *“Santo de Israel”* 27 veces (véase Isa. 1:4, Isa. 60:14). Los ángeles declaran *“Santo, santo, santo”* (Apoc. 4:8, Isa. 6:3) en la presencia de Dios. Su santidad lo aparta de los seres humanos pecaminosos, que ni siquiera pueden soportar un vistazo de Su presencia física sin caer como muertos al suelo (Dan. 10:8, 9; Apoc. 1:17). La santidad de Dios es incompatible con el mal, por lo que aborrece el pecado, basándose en este aspecto intrínseco de Su naturaleza. En su diálogo con Dios, el profeta Habacuc exclama: *“Muy limpios son tus ojos para ver el mal, ni puedes mirar la perversidad”* (Hab. 1:13, NKJV).

Segundo, Dios es **justo**. David afirma: *“Porque Jehová es justo, y ama la justicia; Su rostro mira al que es recto”* (Sal. 11:7, NKJV). Incluso en la esfera humana, esperamos que se haga justicia. Es interesante ver cómo las personas demandan justicia con razón cuando se enfrentan a la injusticia a nivel humano, pero luchan con la idea de Dios, como el **Juez supremo**, administrando justicia al condenar el mal y a quienes lo abrazan. En la vívida imagen de las almas de los mártires debajo del altar, claman: *“—¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra?”* (Apoc. 6:10, LEB). Ellos esperan justicia, porque Dios es justo.

Tercero, Dios crea seres con **libre albedrío**. Dios no programó a Sus criaturas para que lo amaran y obedecieran. Precisamente por esta razón, pueden tomar malas decisiones que van en contra de Su santa voluntad y desencadenar malas consecuencias. Esta prerrogativa

es evidente en el **concepto del pacto**, que implica un acuerdo entre dos partes. Reflexionando sobre este aspecto del pacto, Josué testifica a Israel: “—*En cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor*” (Josué 24:15, NKJV).

Finalmente, Dios es **amor**. A algunos les puede parecer desconcertante cómo la ira de Dios puede revelar Su amor. En esencia, Dios también es amor (1 Juan 4:8). Él declara Su amor a Israel en términos compasivos: “—*Con amor eterno te he amado*” (Jer. 31:3, NKJV). La **indiferencia**, no la ira, es lo opuesto al amor. Así, un Dios indiferente puede ser digno de temor, pero nunca de devoción. Él es todo menos apático. En términos humanos, los padres odian y reaccionan en consecuencia a lo que hace sufrir a sus hijos. ¿Por qué esperaríamos menos de Dios?

Por supuesto, un Dios perfecto no experimenta la ira como nosotros. En un sentido misterioso, Su ira es perfecta y santa. Tal misterio está presente en la **cruz de Jesús**, donde el **amor** y la **ira**, la **misericordia** y el **juicio**, y la **vida** y la **muerte** están poderosamente entrelazados. El derramamiento de la ira Divina es genuino y concreto. Aun así, para aquellos que confían en Cristo, rindiendo humildemente toda autoconfianza y orgullo al pie de Su cruz, no hay razón para temer porque “*el perfecto amor echa fuera el temor*” (1 Juan 4:18, NKJV). Además, Jesús experimentó la ira de Dios en nuestro lugar.

Parte III: Aplicación Práctica

¿Guerra Santa Hoy?

Considera cómo el discurso religioso ha sido usado para justificar y promover la guerra desde la antigüedad. En el contexto cristiano, las Cruzadas son un buen ejemplo. En esta campaña militar, sancionada por la Iglesia romana, los Cruzados creían que estaban en una misión espiritual para liberar la Tierra Santa de los invasores islámicos.

Aunque la mayoría de nosotros estamos de acuerdo en que cualquier nación tiene derecho a defenderse de los agresores, ¿por qué no debería usarse hoy la retórica religiosa de la guerra santa? (Al formular tu respuesta, recuerda el **concepto bíblico de guerra santa**).

Victoria por Amor

Jesús ganó la guerra entre el bien y el mal de una manera inesperada y poco convencional. Reflexiona con tu clase sobre el siguiente pensamiento:

*“Así que, en lugar de luchar y ‘ganar’, Jesús eligió ‘perder’. O mejor, eligió perder según los estándares del reino del mundo para poder ganar según los estándares del reino de Dios. Su confianza no estaba en el poder de la espada, sino en el poder del amor radical y abnegado, y por eso se dejó crucificar. Tres días después, Dios vindicó Su confianza en el poder del amor sacrificial. Él había cumplido la voluntad de Dios y, por Su sacrificio, derrotó la muerte y las fuerzas del mal que tienen a este mundo en esclavitud (Col. 2:13–15).”—Gregory A. Boyd, *The Myth of a Christian Nation: How the Quest for Political Power Is Destroying the Church* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2006), p. 39.*

¿Cómo puedes aplicar el ejemplo del **amor sacrificial**, establecido por Jesús, mientras luchas en la **guerra espiritual** hoy?